



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

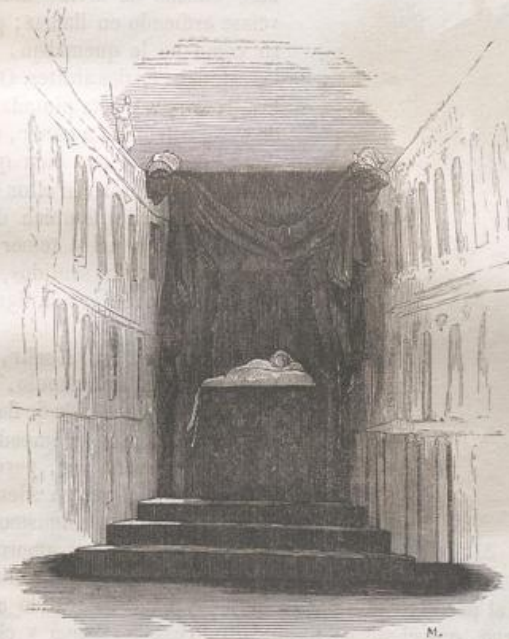
Capitulo LXIX. Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á don Quijote.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



## CAPITULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á don Quijote.



APEÁRONSE los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso, y arrebatadamente á Sancho y á don Quijote, los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros

de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tegida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen, pero sin que se lo señaláran calláran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quien no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello ha-



ber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa en el teatro se levantaron don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llama-



mas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroz (1), al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio: y dijole al oido que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Qui-tóse la coroz, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábase tambien don Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho.

Comenzó en esto á salir, al parecer debajo del túmulo, un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa mues-

tra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,  
Muerta por la crueldad de don Quijote,  
Y en tanto que en la corte encantadora  
Se vistiéren las damas de picote,  
Y en tanto que á sus dueñas mi señora  
Vistiere de bayeta y de anascote,  
Cantaré su belleza y su desgracia  
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

(1) *Coroz*, dice Covarrubias, es el rocamero hecho en punta, que por infamia y nota ponen á los reos de diversos delitos. El Santo Oficio saca con coroz á los que han de ser relajados, esto es, entregados á la justicia secular para que les imponga la pena corporal á que hayan sido condenados por él, cuyas corozas tienen por objeto el que los reos sean mejor vistos.



Y aun no se me figura que me toca  
Aqueste oficio solamente en vida,  
Mas con la lengua muerta y fria en la boca  
Pienso mover la voz á ti debida:  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
Por el Estigio lago conducida,  
Celebrándote irá, y aquel sonido  
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes: no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar San-



cho Panza, que está presente: y así, oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos.



Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto dijo: ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo: voto á tal, así me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio; y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acribillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis.

Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, una tras otra, las cuatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro, dijo: bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo, traspáenme el cuerpo con puntas de dagas buidas; atenáenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo.

Rompió tambien el silencio don Quijote diciendo á Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamoná muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas (1), señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo (2). Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios.

En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como don Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre arga-

(1) *Mudas* se llamaban los afeites y colores postizos que usaban diariamente las mujeres en sus tocadores, esto es, las viejas, feas y estropeadas. — Arr.

(2) Era un género de afeite compuesto con vinagre. — Arr.



do (1), y no miel sobre hojuelas: bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda (2). Déjenme; si no por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece (3) aunque no se venda.

Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los duques, y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con don Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada, se inclinó á los duques y á los reyes y mirando de traves á don Quijote, le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer mas de mil años: y á ti, oh el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la corozca en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza (4), y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra (5), que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que si dejarian, que ya sabia él cuan grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á don Quijote y Sancho los llevasen á las que ya ellos se sabian.

(1) *Enredo sobre enredo, ó burla sobre burla.* — Arr.

(2) *La vaca de la boda* se llama aquella persona que sirve de diversion á los que concurren á ella, ó la que hace los gastos; y por extension se dice del sujeto á quien todos acuden en sus urgencias: metáfora tomada sin duda de la vaca que se mata para el gasto de la boda, y de la cual comen todos los convidados y asistentes á ella. — Arr.

(3) *Meter á bulla* alguna cosa para que se confunda y no se hable mas de ella. — D. A.

(4) Este es el primer pasaje de la fabula en que se menciona la caperuza de Sancho, quien debía usarla conforme al uso de su tiempo. Era una especie de gorro puntiagudo que pendia hacia atras. — E. de O. — Segun eso la actual montera manchega será una degeneracion de la caperuza.

(5) Es la corozca, á quien Antonio de Nebrija llama *mitra scelerata*, para distinguirla de la mitra de los prelados. — Arr.

